

todos los pesares, continuó mandándole sus artículos; por no dejarle mal entre los compañeros, de cuando en cuando le publicaba alguno, no ya corregido, sino por él hecho de nuevo. Con que se escribiese mal no transigía.

Fué infatigable para la enseñanza y la propaganda de sus principios, y tan generoso, que habría querido transmitir íntegro el caudal de sus conocimientos a todo el mundo. Nos merece y le guardamos eterna gratitud.

JOAQUÍN PI Y ARSUAGA

(*El Sol*, Madrid).

Dos momentos en la vida pura de Pi y Margall

Gustaba Pi y Margall de la juventud. Trataba con amabilidad paternal a los jóvenes federales y paternalmente también les disculpaba ligerezas y les perdonaba botaratas. La juventud predicaba el Alcorán, que dijo Castelar, por provincias, y el maestro les daba cartas concisas, elegantes, galanas, para que las leyera los jóvenes propagandistas. Notables son esas epístolas. Juzguen por este párrafo, primero de una carta a la Juventud Federal de Barcelona:

«Grandes esperanzas me infunde la juventud. Bien venidos seais al palenque de la política, ya que lleváis la mejor de las armas, el entusiasmo. No es nada fácil la tarea que emprendéis como queráis llenarla cumplidamente. Quedan muchas constituciones que demoler, muchos males que remediar, muchos esclavos que redimir».

Y seguía tronando contra el fanatismo, la centralización y la holganza, y abogando por la democracia, la libertad de pensamiento y el trabajo. No quiero dejar de copiar el final de esa hermosa carta:

«Tal vez no falte quien os diga que debéis velar las ideas. No lo creáis; presentadlas tersas y claras como la luz del día: agudas y penetrantes como las espadas. No para herir a los hombres, sí para herir y hacer trizas cuanto ataje las corrientes del progreso.»

A primeros de 1901 va de nuevo y por última vez a Barcelona, donde actuó de mantenedor y presidente de los Juegos Florales. El discurso de Pi, dicho en castellano, fué notabilísimo. Lo terminó con estas frases:

«Hay una patria para todos los hombres, la tierra; hay una patria que nos han hecho siglos de comunes venturas y desventuras, la nación; hay una patria constituida por la común lengua, las comunes leyes y los

comunes usos y costumbres, la región; la región en que nacimos y tenemos los sepulcros de nuestros padres. Seamos catalanes, españoles, hombres».

El 16 de noviembre de 1901 dió una conferencia en la Unión escolar. Fué su último discurso. Lo empezó así:

«Queridos escolares: Con grau satisfacción me encuentro entre vosotros. Vosotros sois los hombres de lo porvenir; yo, un hombre de lo pasado. Conveniente es que lo pasado y lo por venir se vean y se entiendan».

Lo remató con estos consejos:

«Conservad en todo la independencia de vuestro espíritu. Sed respetuosos para con vuestros maestros y con los autores de vuestros libros de enseñanza; pero no juréis nunca sobre la palabra del escritor ni el maestro. Debéis leer a los unos y oír a los otros, examinando si las ideas que os dan son conformes a vuestro pensamiento y a vuestra conciencia. Si no lo son, debéis respetarlas. Y no os espante veros solos en vuestra opinión; en todas las grandes crisis de la historia, un hombre solo ha tenido razón contra toda la Humanidad. La independencia del espíritu: esto es lo que he venido a aconsejaros».

Trece días sobrevivió a esa conferencia, que no se puede leer sin honda emoción. Los estudiantes acompañaron a Pi y Margall hasta su casa, calle del Conde de Aranda. Un enfriamiento, al que al principio no se dió importancia, lo metió en el lecho. Desde él dictó a su hijo Joaquín el texto del discurso de la Unión Escolar, y a su yerno D. Ángel de la Guardia, un artículo sobre los debates sostenidos en el Congreso acerca del regionalismo. No se levantó ya. El día 29 de noviembre de 1901 falleció, a la edad de setenta y siete años y siete meses.

Un historiador habla así del venerable D. Francisco:

«Era — dice — jurisconsulto ilustre, orador y literato admirable, político sincero y consecuente; uno de los hombres más cultos y seguramente el más justo, virtuoso y desinteresado de su época».

Los periodistas debemos conmemorar el centenario del periodista eminente de *La Discusión* y de *El Nuevo Régimen*; los abogados deben al gran jurisconsulto un homenaje; los obreros organizados tienen el deber de recordar al precursor, y los literatos y los filósofos y cuantos rindan culto a la belleza y a la razón han de recordar con respeto y amor al que escribió *Las luchas de nuestros días*.

ROBERTO CASTROVIDO

(*La Voz*, Madrid).

A propósito de Rubén Darío

Guayaquil, 15 de marzo de 1924

Señor Don Hugo D. Barbagelata,
redactor en jefe de *L'Amérique Latine*, París.

Muy distinguido señor:

En un número de *L'Amérique Latine*, con motivo de unos versos atribuidos a Rubén Darío por *Excelsior*, diario de Tegucigalpa, y que son del fabulista García-Goyena, se dice que este poeta era guatemalteco. ¡Error! exclamaré a mi vez. ¿Quiere Ud. permitirme que haga saber a los lectores del interesante y ameno periódico, a cuyo frente se halla tan ilustrado como hábil Redactor en Jefe, que el Ecuador reclama la gloria de ser la patria de García-Goyena?

En 1766 nació en Guayaquil el célebre fabulista Rafael García-Goyena. Desde temprana edad fué llevado a Guatemala donde se educó y prestó sus servicios profesionales. Allí recibió la investidura de Doctor en Jurisprudencia, en 1804. Era Licenciado en Derecho desde el año 1791. Falleció el 9 de noviembre de 1823 en Guatemala donde había publicado los dos tomos de fábulas que le han merecido ser llamado el «Iriarte americano». Uno de ellos fué editado en París, el año 1836, en la librería de Rosa. Contiene 214 páginas.

Una de las calles de Guayaquil ostenta el nombre ilustre de Rafael García-Goyena.

Aprovecho esta oportunidad de suscribirme de Ud. sincero admirador, atento y S. S.

VÍCTOR M. RENDON

Así se escribe y así se aclaran cortesmente las cosas.

(*L'Amérique Latine*, París).

